

El jefe del Registro de la Propiedad Industrial, recién jubilado, recuerda algunas de las extrañas nubes de humo que pasaron por su despacho.

Por FERNANDO CASTÁN PALOMAR

—Son veintidós años los que he estado en el Registro. Y de ellos, veintiuno de jefe. Muy prácticos, créalo usted, muy prácticos—me dice el señor Cabello Lapidra—. En ese tiempo no sólo he aprendido lo que pudiéramos llamar ciencia de la propiedad industrial, sino también mundología.

—¿Llegó a serle fácil el trato con los tenaces, con los exaltados, con los locos?...

—Sí, señor. Para vencer hay que jugar con armas iguales, pero más intensas. Y esto es lo que yo he hecho. A los tenaces, a los exaltados, a los locos, los he vencido por pesadez. Cuando uno de ellos, al cabo de dos horas de explicarme redundantemente cualquier fantasía agobiadora, se ponía en pie para marcharse, yo le hacía sentar, mientras le decía algo así como esto: «No se vaya usted, es pronto; vuelva a referirme eso tan bonito que me ha contado.» Y él se sentaba, volvía a sus disparates, y cuando pretendía marcharse de nuevo yo le obligaba a continuar un poquito más... Ese hombre, que salía de allí agotado de hablar, que había perdido la mañana en mi despacho, que no podía irse cuando él quería, porque yo no le dejaba, ese hombre no volvía más. No por falta de ganas, sino porque se había dado cuenta de que yo era un gran pesado, que lo retenía horas y horas...

He ahí un gesto y una anécdota de gran humorista.

LA TOLDILLA INDIVIDUAL

Lo extraño, lo absurdo, lo desconcertante; todo un panorama inquieto, pintoresco y caótico; todo un zigzag gigantesco de rarezas y excentricidades se pone en pie en las oficinas del Registro de la Propiedad Industrial. Fantasmas que dejaron sus tumbas en las novelas de Julio Verne; sibilas que vienen en corceles de humo a anunciar descubrimientos «que cambiarán la faz del mundo»...

—¿Cuántas veces he oído yo esa frase! —sonríe don Fernando.

—¿Qué estúpida necesidad recuerda usted de alguno de esos locos que acudieron a su despacho?

—¡Son tantas...!

Por su memoria desfila el recuerdo de esos caballos de humo galopando sin freno. Aprese uno cualquiera al pasar.

—Vea usted

LO QUE HAN INVENTADO LAS MUJERES

En la época egipcia, dos mujeres descubren las propiedades curativas de las plantas.

En Roma, Pánfila inventa el oficio de tejer la seda.

En Babilonia, Semiramis inventa los canales de irrigación, las avenidas y los carros de guerra.

En el siglo XII, Santa Hildegarda formula las teorías de las estaciones y de las mareas.

En el siglo XIX, la señora Beuso-Leil, mineralogista francesa, descubre la riqueza subterránea de Francia.

En el siglo XVII, la señora de Mailtenon inventa el horno de pastelería.

Mirfrenna Vanbenschoten inventa el dedal de coser.

En el siglo XVIII, Lady Marie Montagu descubre la vacuna, atribuida a Jenner.

En el siglo XIX, Mlle. Linneo, hija del naturalista, descubre que las plantas irradian electricidad.

Madame Mate inventa un telescopio submarino.

Madame Dutillev crea el mármol artificial.

Madame Bloss inventa la máquina de coser pieles.

Marie Harel inventa el queso Camembert.

En 1899, «Carmen Silva», la reina Elisabeth de Rumania, inventa la máquina de escribir silenciosa.

En el siglo XX, en 1900, madame Curie descubre el radio.

LOS INVENTOS IMPORTANTES

- Locomotora: Stevenson.
- Electricidad: Gilbert.
- Radio: Marconi.
- Gramófono: Edison.
- Aeroplano: Farman.
- Zeppelin: Conde de Zeppelin.
- Automóvil: Cugnot.
- Cine: Lumière.
- Pararrayos: Franklin.
- Submarino: Isaac Peral.

En el «Boletín Oficial de la Propiedad Industrial», que aparece todos los meses, se publican, en letra apretada, las peticiones de marcas, nombres, inventos...

—Claro que sí.
—Pues aún querría yo más. Querría en el propio Registro la biblioteca del inventor.

GESTO Y ANÉCDOTA DE GRAN HUMORISTA

El inventor!
La palabra tiene un encanto sutil, enigmático y anecdótico.
Y aquí está don Fernando Cabello Lapidra, que ha conocido a todos los inventores de España: a los cuerdos y a los locos, a los científicos y a los frívolos, a los obsesionados por las grandes creaciones para el mejoramiento de la humanidad y a los alicortados en unos inventos pequeños, ingenuos y triviales. Buscadores de oro y buscadores de cuproniquel.

—Lo pintoresco, don Fernando, es lo que quiero que usted me diga para las páginas de «Y».

Don Fernando Cabello Lapidra, faz de bondad, además hidalgo, cortesía de la mejor, sonrío accediendo, y me dice:

—¿Qué tipos tan extraños, tan desconcertantes, tan complejos, que yo he visto!
Naturalmente.

¡Cuántos locos, cuántos visionarios, cuántos grandes vendedores de nubes habrán pasado por el despacho de don Fernando entre los hombres serenos, reflexivos y conscientes de sus inventos!

Legajos, infinitos legajos, en los que se archivan tantas cosas llenas de vitalidad y posibilidades... y tantas que ya nacieron muertas.



Don Fernando Cabello Lapidra, la más prestigiosa figura de la Propiedad Industrial española.

—me dice—lo que pretendía patentar un inventor: la toldilla individual.

—Y eso, ¿qué era?

—La sustitución del paraguas. Para ese hombre, el odio al paraguas residía en estos principios elementales: el paraguas obliga a no disponer de una de las manos; las manos nos han sido dadas para empleos más útiles que para llevar el paraguas; todo lo que resta utilidad debe ser condenado al fuego. Y en su lugar decidió aquel hombre imponer un paraguas que no hubiera que llevarlo en la mano, sino que se sujetara a los hombros merced a un artefacto feísimo y muy complejo. Eso era la toldilla individual.

TODO EL SUELO DE ESPAÑA A UN NIVEL MISMO

—Hubo otro—sigue diciendo el señor Cabello Lapidra—que había inventado una máquina, según decía, para que toda España quedara a un mismo nivel. Debía de ser una máquina destructora, claro. El presentaba la utilidad de su invento con una fértil fantasía. Todo lo encontraba tan llano como el mapa que quería dejar. ¿Que se quedaban colgajeados los ríos? ¡Y qué! ¿Que se desmenuaban las cascadas? ¡Preciosos! Para él todo resultaba fácil y bonito.

—Y estas locuras no se patentan, claro.

—No, no, en modo alguno. Pero a veces ocurre que inventos

(Continúa en la página 49.)

ALGUNOS INVENTOS DEL CLERO

Se debe a Beda, monje inglés del siglo VII, el primer trabajo metódico acerca de la dactilología y la quiromancia, o sea el cálculo por los dedos y las manos. A Virgilio, arzobispo de Salybourg, en el mismo siglo, la primera afirmación de la redondez de la tierra y de la existencia de los antipodas. A Guy, monje de Arezzo, la clave, la escala musical y la armonía. Al diácono Giojo, el imán y la brújula. Al dominico Spina, los anteojos. Al dominico Alberto el Grande, el cinc y el arsénico. Al monje Rogerio Bacon, las ideas claras sobre todos los descubrimientos de nuestro siglo. Al fraile Schwarz, los fusiles y la pólvora de cañón. A Ricardo Walingfort, abad de San Albano, en Inglaterra, la construcción del primer reloj astronómico en 1326. A Lucas de Borgo, el álgebra. Al jesuita Kircher, en 1697, la primera linterna mágica y la construcción del primer espejo ardiente por medio de los vidrios planos. Al jesuita Cavallieri, que murió en 1647, la difracción de la luz y el descubrimiento de los infusorios. Al cardenal Regio Flontano, el sistema métrico. A este mismo cardenal, a Copérnico y al cardenal Cusa, el verdadero sistema del mundo. Al benedictino español Ponce, el principio de la instrucción de los sordomudos, en 1570, que después propagó y perfeccionó el presbítero francés L'Epée. Al padre Lucas, jesuita, que murió en 1687, la instrucción de los ciegos.



(F O T O S Z A I D I N)